

El Gran Mandamiento

*Versículos claves: Levítico 19:8; Deuteronomio 6:4, 5;
Marcos 12:28-34; Lucas 10:25-37; Romanos 13:8-10*

Los diez mandamientos son un código de conducta claro y directo. Con todo y su maravilloso contenido, no incluye el mandamiento más importante de todos: *el mandamiento del amor*.

Una vez un hombre preguntó a Jesús cuál era el mayor de los mandamientos. Sin duda esperaba como respuesta: *“Uno de los diez mandamientos”*; pero Jesús le respondió: *“Amarás al Señor de todo tu corazón”*; y sin esperar reacción añadió el segundo gran mandamiento, el cual incluye el amor también: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Marcos 12:30, 31; ver también Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18).

I. AMOR Y LEY

Hay una confusión respecto a la relación correcta que debe haber entre el amor y la ley. Algunos piensan y están convencidos de que la ley es necesaria sólo cuando las personas son inmaduras e ignorantes. ¿No vivió Jesús en una época en que la ley fue remplazada supuestamente por el amor? ¿No somos, acaso, nosotros los guiados por el amor, lo suficientemente maduros como para dejar a un lado reglas y leyes? Siendo que hemos llegado a la madurez; de seguro, seremos capaces de determinar por nosotros mismos cuáles son las acciones más pertinentes para cada situación que se presente.

Estos conceptos no son del todo desconocidos en nuestro tiempo; es más, la idea de que el amor puede remplazar a la ley es una de las principales enseñanzas de la ética moderna aplicada a las situaciones presentes. Por ejemplo, el señor José Fletcher, en su libro de ética fundamental *“LA NUEVA MORALIDAD”* (Filadelfia; Westminster press, 1966) dice categóricamente que Jesús y Pablo remplazaron los preceptos de la ley con el nuevo orden del amor, (Pág. 66).

Hay peligrosas falacias en este tipo de pensamientos. A la concepción del Sr. Fletcher hay que decir primero, que Jesús no vino a abolir la ley; pues Él mismo dijo “No piensen que he venido a abolir la ley y los profetas; no he venido a abolirla sino a cumplirla” (Mat. 5:17 Trad. libre). Jesús cumplió la ley a la que se refería. De hecho, las ofrendas del A. T. por los pecados eran tipos de Cristo y Su expiación por el pecado. Dichas ofrendas esperaban su cumplimiento en la cruz; así que esto se cumplió y la ley se abolió cuando Jesús murió en el Calvario.

El que Jesús haya hecho a un lado ciertas leyes, intencionalmente temporales, no quiere decir que abolió la ley como tal. La ley moral es parte integral de Su ser y carácter, por lo tanto, eterna, como lo hemos visto ya en el primer capítulo.

Segundo, es cierto que Jesús enfatizó el mandamiento del amor (Juan 15:12), pero jamás intentó que el amor remplazara a la ley. El amor es un resumen de la ley; y los mandamientos enseñan a poner en práctica el amor.

Cuando Jesús mencionó los mandamientos más grandes, como el amor a Dios y al prójimo, dijo: “En estos dos está toda la ley y los profetas” (Mat. 22:40 Trad. libre); en otras palabras, los mandamientos del amor apoyan a los demás. Toda acción que Dios demanda por medio de Sus portavoces es una expresión de amor. El amor es la base para todas las demás virtudes y la mejor defensa contra los vicios.

El amor es el líder en la ley de Dios. Los mandamientos conllevan una forma particular de amor; pues nos dicen cada uno de ellos la relación que tienen con el amor, o cómo actúa una persona que ama a su prójimo. El amor es como el tronco de un árbol y las ramas son los diversos mandamientos. Es como un hermoso diamante, en el que todas sus caras son los mandamientos; ejemplo: una cara es ser amable; otra, no adulteres; otra, no robes; otra, lleva las cargas de los otros; lo cual significa: el amor es amable, el amor no adultera, el amor no roba, el amor lleva las cargas de los otros.

El apóstol Pablo nos dice que el amor es la relación íntima con los otros mandamientos, ya que éstos son la expresión del amor.

“Paga las deudas, excepto las deudas de amor hacia otros, pues estas nunca se terminan de pagar. Al amarlos estarás obedeciendo la ley de Dios y satisfaciendo sus demandas; porque si amas a tu prójimo como a ti mismo, jamás sentirás deseos de perjudicarlo, engañarlo, matarlo ni robarle; jamás pecarás con su esposa ni destruirás lo que le pertenece. No harás nada contra él, nada que los diez mandamientos prohíben, porque todos se resumen en uno

solo; amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal a nadie, por tanto satisface las demandas de Dios, es la única ley que necesitamos” (Rom. 13:8-10, B. al D.).

Pablo dice en Gálatas 5:14 “Porque toda la ley se cumple en una sola oración: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Trad. libre).

II. EL AMOR DE DIOS PARA NOSOTROS

Siendo que el amor es el más grande de los mandamientos, debemos estar ansiosos por conocer más de él, de su naturaleza. ¿Qué es el amor? Podemos aprenderlo mirando al ejemplo y patrón perfecto del amor: DIOS.

“Dios es amor”, nos dice Juan en su primera carta, capítulo 4, verso 8. Jesús nos ordena expresamente que debemos imitar la manera en que el Padre muestra Su amor hacia la humanidad, “Ama a tu enemigo. . . para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos. . . sed perfectos, así como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:43-48; 1ª de Juan 4:11).

El amor de Dios hacia la humanidad es especialísimo, que el N.T. llama *ÁGAPE*. ¿Qué es Ágape? Básicamente es la buena voluntad hacia otros, es interesarse por lo demás, es un interés genuino por el bienestar de otros; es un cuidado intenso por la felicidad ajena; es compasión por los que están en necesidad. Dios es amor significa que Dios está interesado genuinamente en nuestro bienestar y nuestra felicidad; quiere decir que sí somos importantísimos a Sus ojos. Él tiene cuidado de nosotros, ve nuestra necesidad y siente compasión por nosotros. La máxima evidencia de ese interés y cuidado fue manifestada en Jesucristo; pues tanto nos amó Dios, que dio a Su único Hijo (Juan 3:16; 1ª de Juan 4:9).

Ágape es diferente a los demás tipos de amor; ya que no da para recibir, sino que satisface las necesidades del ser amado. Tal es el caso de Dios, que nos ama, no por lo que somos, sino por lo que Cristo hizo por nosotros.

Ágape es único, porque no se basa en ninguna condición o cualidad del ser amado; no es cuestión de atracción personal, más bien es el deseo de ayudar, de amar a todos, incluidos los más malos y bajos.

Esta es la forma de amar de Dios; no hace acepción ni excepción de personas, no ama a alguien más que a otro; ya “que hace salir el Sol sobre justos e injustos, y envía la lluvia sobre el malo y el bueno” (Mat. 5:45, Trad. libre). Dios no nos ama porque hayamos ganado Su amor por nuestras buenas cualidades, Él nos ama a pesar de

nuestra maldad: “Dios nos muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8).

III. NUESTRO AMOR POR DIOS

Nuestra tarea más importante del mundo es amar a Dios; y saber la manera en que lo ha hecho, la tarea se torna más fácil, pues Juan dice: “Le amamos porque Él nos amó primero” (1^a de Juan 4:19). Siendo que este es el principal mandamiento, debemos obedecerlo de la mejor manera posible. ¿Cómo? ¿Cuántos buscamos amar a Dios? ¿Cómo lo podemos lograr? He aquí algunas sugerencias para lograr que el amor sea parte integral de nuestra vida.

PRIMERO

Debemos pensar que Dios es una persona. El amor es una relación interpersonal; el amor puede existir sólo entre personas.

Dios es, realmente, una persona en toda la extensión de la palabra; posee personalidad y mucho más. Es erróneo que pensemos que Dios es un animal o un objeto, como muchos pueblos primitivos lo consideraban. También es erróneo que pensemos que Él es una fuerza impersonal, como muchos lo catalogan. Dios es una persona que piensa, conoce, tiene voluntad propia, siente, actúa; es, por lo tanto, una persona a quien podemos y debemos amar.

Dios se manifiesta a nosotros como Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo; con todo, *son un solo DIOS* (Mat. 28:19). Las implicaciones y explicaciones de esta verdad bíblica tan profunda no serán discutidas en este libro.

SEGUNDO

Debemos pensar que Dios es una persona que nos ama. Muchos paganos están convencidos de que sus dioses son personas; aunque por lo común son seres sin ningún amor para nadie. Tales dioses pueden ser temidos y venerados, pero nunca amados; pues eso sería difícil. Recordemos que Dios es una persona que nos ama, y la prueba de ello es Jesucristo (Juan 3:16). Conocer y reconocer que Dios nos ama hace más fácil que nosotros le amemos (1^a de Juan 4:19).

Sabiendo, pues, que Dios nos ama, queremos agradecerle en todo. Esto es lo que implica **ÁGAPE**: interesarnos por la otra persona y buscar su felicidad, buscar el modo de agradecerle, desear nunca herirla.

¿Qué hiera a Dios? Nuestros pecados. Así que, si no queremos herirlo, debemos evitar el pecado. ¿Qué agrada más a Dios? Nuestra obediencia. Así que, debemos hacer todo lo posible por obedecerle.

A estas alturas podemos ver que el amor de Dios es básicamente una ley que contiene dos partes importantes: la primera, que es un mandamiento en toda la extensión de la palabra, que resume e incluye las demás leyes; la segunda, que es un motivo o aliciente para obedecer los mandamientos de Dios; como ya lo dijo Jesús en Juan 14:15 "Si me amáis guardad mis mandamientos". Ver también 1^a de Juan 5:3.

Como cristianos, debemos buscar la manera de aumentar nuestros esfuerzos para amar a Dios, debemos meditar más en lo que Su amor significa para nosotros, debemos pensar en lo que Él ha hecho por nosotros motivado por Su gran amor y reconocer Su presencia continua en nuestro ser.

